

BIBLIOGRAFÍA

- Bottomore, Tom (1964). *Elites and Society*. Londres: Routledge.
- Burton, Michael G. y John Higley (1987). «Invitation to Elite Theory. The Basic Contentions Reconsidered». En: William D. Domhoff y T. Dye, *Power Elites and Organization*. Beverly Hills: Sage.
- Coller, Xavier (2008). «El sesgo social de las elites políticas. El caso de la España de las autonomías (1980-2005)». *Revista de Estudios Políticos*, 141: 133-159.
- y Andrés Santana (2009). «La homogeneidad social de la elite política. Los parlamentarios de los PANE (1980-2005)». *Papers, revista de sociología*, 92: 29-50.
- ; Helder Ferreira y Chris Meissner (2008). «Les elites politiques régionales espagnoles (1980-2005)». En: William Genieys, Mohammad-Saïd Darviche y Guy Hermet (eds.), *Penser la dynamique des régimes politiques. Sur les pas de Juan Linz*. París: L'Harmattan.
- Dahl, Robert (1961). *Who Governs? Democracy and Power in an American City*. New Haven: Yale University Press.
- Hunter, Floyd (1953). *Community Power Structure*. Chapel Hill: University of North Caroline Press.
- Norris, Pippa (ed.) (1997). *Passages to Power. Legislative Recruitment in Advanced Democracies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- y Joni Lovenduski (1995). *Political Recruitment. Gender, Race and Class in the British Parliament*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Ross, James F. S. (1944). *Parliamentary Representation*. New Haven: Yale University Press.

La mentira os hará libres. Realidad y ficción en la democracia

Fernando Vallespín Oña

(Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012)

Democracia y verdad, realidad y ficción, ocultación y desenmascaramiento, opinión, juicio, actor y sistema, todo ello forma parte del reino de la política pues en la naturaleza de la política está el «estar en guerra con la verdad» (Arendt, 1968: 239). Sin embargo, el continuo toma y daca entre aquello que se nos presenta como real por cada uno de los participantes en el sistema político, unido al permanente desvelamiento de la mentira, parece incrementar las reacciones de desconfianza hacia, y desprestigio del, sistema político; la lucha en el reino de las opiniones por obtener la consideración de verdad ha generado la creciente pérdida de un mundo común, en el cual exista algo parecido a una lectura de base racional sobre lo que acontece (p. 166). Es por ello que Fernando Vallespín se pregunta ¿qué relación tiene la democracia con la verdad?

Hoy en día las interpretaciones sobre los hechos, las opiniones y la creación de significados sobre la *realidad* proliferan en el espacio público. La batalla política no se libra exclusivamente en el Parlamento, sino que resulta tanto o más importante el posterior traslado a los medios de aquello que sucede en la arena política. Si bien la política democrática requiere de un espacio para la confrontación y el encuentro de ideas, también es verdad que el espacio público se encuentra, cada vez más, sembrado de opiniones, «un mundo huérfano de verdad donde la textura de lo real se nos abre a una ilimitada gama de interpretaciones» (p. 34). En este estado de la cuestión se nos presenta una paradoja, «si no denunciemos, si no criti-

camos, la mentira campa a sus anchas; pero si lo hacemos, si nos desgañamos por sacarlas a la luz, por denunciarlas y perseguirlas, también lo hace. Al menos en la percepción de los ciudadanos. Al final se extiende un horizonte de desconfianza generalizado que todo lo empapa» (p. 31).

Como señalaba John B. Thompson, los escándalos políticos «son un asunto central en nuestras democracias mediáticas, porque afectan a la esencia de la política, que es la credibilidad de nuestros representantes. Cuando la pierden, todo el sistema se resiente» (*Magazine*, 16-01-2011).

No son los hechos, sino las palabras sobre los hechos lo que conforma el mundo, y bajo esta premisa de lo que se trata no es únicamente de convencer, sino de mover a creer. Los ciudadanos son objeto de un creciente bombardeo mediático en el cual se trata de que incorporen la cosmovisión dominante como propia. No parece posible descubrir la verdadera conciencia, la realidad, y, sin embargo, parece preciso encontrar otra forma de nombrar la realidad, una forma que permita desarrollar un ciudadano con conciencia crítica capaz de desenmascarar el discurso hegemónico neoliberal detrás del cual se «racionaliza» el mundo (p. 45).

A lo largo del libro se realiza un diagnóstico acerca del actual estado de la democracia, en él se nos ofrecen una serie de «antídotos», de defensas o cautelas que pueden ser útiles a la hora de adentrarnos en las procelosas aguas de lo político.

Hace años que los filósofos del lenguaje mostraron que la forma en la que nombramos las cosas no constituye una mera etiqueta para las mismas, los hechos se objetivan al ser nombrados y aquel que «se arrogue más eficazmente el poder de nombrar, de dotar de expresividad a lo que ocurre, será también quien acabe por imponer la visión que se tenga de aquella» (p. 35). Bien, pues parece que determinados grupos políticos y en particular algunas escuelas económicas han sido más efectivas que otras al establecer en un «*framing*» (al enmarcar) los términos del debate en la actual situación de crisis por la que atravesamos. Como señalaron Abril, Sánchez Leiva y Tranche (*El País*, 1-09-2012), el éxito en la creación de significados, así como la propagación de conceptos por parte de determinados grupos políticos y mediáticos, acaba por lograr, mediante la usurpación de la terminología del oponente, la ocupación de un espacio imaginario de consenso del que el oponente no puede autoexcluirse.

La lucha por la hegemonía cultural en política acaba por convertirse en la lucha por «el sentido común» y, así, las diferentes opciones políticas acaban siendo reconducidas a la aplicación de un conocimiento «experto» que ignora las consideraciones políticas. Cada vez en mayor medida se prescinde en el reino de la política de la opinión de los intelectuales, o de aquellos teóricos políticos cuya función, como señaló Judith Shklar, consiste no tanto en decirles a los ciudadanos lo que deben pensar, sino en ayudarles a acceder a una noción más clara sobre lo que ya saben y lo que dirían si consiguieran encontrar las palabras adecuadas. En definitiva, los expertos y tecnócratas, tan requeridos en determinados campos, no son tomados en cuenta a la hora de suministrar alternativas políticas. Así, los teóricos políticos no son tenidos en cuenta a la hora de suministrar las herramientas necesarias para que los ciudadanos sean capaces de filtrar la realidad por sí mismos, y de estar alerta frente a los intentos de ocultación que frecuentemente se nos plantean.

«¿Para qué mentir si es posible engañar por otros medios?» (p. 32). La tarea de creación de realidades, unida a una nueva reestructuración del espacio público, que se encuentra cada vez más fragmentado, fomenta un tipo de especialización mediante la cual los ciudadanos se concentran en «esferas deliberativas», grupos de afines, tribus, dentro de las cuales aquellos que ya están de acuerdo sobre un determinado tema refuerzan sus convicciones.

La deliberación, la posibilidad de confrontar argumentos en el espacio público, de la ilustración mutua, de la búsqueda del mejor argumento, para poder llegar a decisiones reflexionadas por parte de un conjunto de actores, ha devenido en un campo de lucha por hacerse con la hegemonía sobre lo que sea la realidad. De este modo aquellos presupuestos ideados para conformar un procedimiento neutral se han visto devaluados por la propia práctica política. Aparte de aquello a lo que tenemos acceso directo, el único reflejo de la realidad es el que nos transmiten los medios de comunicación. De este modo la realidad se nos presenta siempre filtrada, opinada, de modo que nuestras opiniones ya no parten de los hechos, sino de las reacciones que los medios de comunicación nos trasladan acerca de los hechos.

Esta cascada de opiniones, de fuentes que derivan de otras fuentes, acaba por dificultar la intelección de aquello que pueda considerarse «realidad objetiva». El espacio público es el lugar donde se negocia el mundo común (p. 140), donde se negocian o reconcilian los intereses sociales y políticos; por ello es tan necesario que en él puedan acogerse otras voces.

La tesis de fondo que plantea el libro es que «tenemos un problema tanto con las conucciones, casi exclusivamente reducidas al sistema de los medios de comunicación, como con la fuente de energía, los ciudadanos, poco atentos en general a lo que debería concernirles» (p. 143). Este estado de la cuestión, unido al continuo desenmascaramiento del oponente y a la continua construcción y reconstrucción de la realidad, de algún modo «alienta el desaliento» del ciudadano y contribuye a su desafección. La política parece haber alterado su finalidad, no se trata tanto de desarrollar el juicio político como de impactar en la realidad, de asombrar, de escandalizar y de generar conflictos y disputas, algo que a su vez choca con la creciente convergencia de los partidos políticos en el centro (p. 149).

Es cierto que, como decía Habermas, «en la democracia no se trata de averiguar la verdad objetiva de los objetivos políticos, antes lo que importa es crear las condiciones para la “aceptancia” democrática de aquellos objetivos que los partidos persiguen. En este aspecto los argumentos políticos tienen más la función de propaganda, o de armas, con las que se evita el empleo de la violencia corporal, que de afirmaciones que puedan interpretarse como contribuciones al desarrollo de teorías “verdaderas”» (Habermas, 1998: 370). No obstante, la percepción de la pérdida de capacidad de la propia política para presentar modelos alternativos, la reducción de la política a un ámbito que se limita a administrar imperativos técnicos provenientes de un sistema económico sobre el que ha perdido capacidad de iniciativa, ha terminado por abocar a los políticos a encubrir su falta de acción, su creciente indistinción, detrás de toda una serie de lenguajes donde predomina lo retórico, lo expresivo y lo simbólico. Los discursos sobre «lo necesario», «lo inevitable», «lo que es de sentido común», han acabado por volverse contra el propio sistema dejando a la vista sus costuras.

Realidad y ficción, medios de comunicación y política, han entrado en una relación parasitaria mutua (p. 167), y, sin embargo, a pesar de conocer el embuste parece que nos contentemos con él. De algún modo, la exacerbación del individualismo ha llevado a la aceptación de la mentira como parte de nuestra «propia verdad», la opinión propia ha pasado a constituir una seña de identidad de nuestra *libertad*, de modo que todo ha pasado a ser debatible excepto, curiosamente, el orden sobre el que se sostiene el sistema económico, frente al cual lo máximo a lo que podemos aspirar es a gestionarlo, hurtándose, por tanto, el debate político sobre el mismo.

Gonzalo CAVERO CANO

BIBLIOGRAFÍA

- Abril, Gonzalo; María José Sánchez Leyva y Rafael R. Tranche (2012). «La ocupación del lenguaje». *El País*, 1 de septiembre (en línea). http://elpais.com/elpais/2012/06/06/opinion/1338982268_785200.html. Último acceso, 11 de diciembre de 2012.
- Arendt, Hannah (1968). «Truth and Politics». En: H. Arendt, *Between Past and Future*. Nueva York: Viking Press.
- Habermas, Jurgen (1998). *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta.
- Thompson, John B. (2011). «Lo que destruye la credibilidad de un político es que mienta». *Magazine*, 16 de enero (en línea). http://www.magazinedigital.com/cultura/entrevistas/reportaje/cnt_id/5585. Último acceso, 16 de diciembre de 2012.

Cultura y acción social. Teoría(s) de la cultura

Genaro Zalpa Ramírez

(México, Plaza y Valdés Editores, 2011)

Del «Kwel» a la «Cultura», aproximación crítica

El cómo llegó este libro a mis manos...

El libro llegó así, casi por casualidad. Lo que más me llamó la atención a simple vista, tras varios minutos ojeando la contraportada, es el uso que se hace de las metáforas. En este caso del concepto *mapa*, y posteriormente, como podrá ver la lectora en el transcurso del manuscrito, del de *bricolaje*. Ambas analogías serán hilos conductores de lo que el libro nos depara. Las metáforas despiertan un interés especial en mí ya que, por un lado, de acuerdo con Morgan (1990), permiten vestir nuestro discurso y, por el otro, tienen un papel central en la construcción de nuestra realidad (Lakoff y Johnson, 1980). Siguiendo con el manuscrito, el concepto de *mapa* sirve como analogía de guía, para las lectoras más noveles o como un instrumento de conocimiento que simplifica la realidad, orientándonos en el terreno y posibilitando las pistas hacia los senderos que se quieren profundizar. Mientras que el de *bricolaje* servirá como representación de la aportación del autor. Así como el bricolaje es descrito como una «actividad manual que se manifiesta en obras de carpintería, fontanería, electricidad, etc. realizadas en la propia vivienda sin acudir a profesionales» (Real Academia Española, 2012), en el caso que nos ocupa, su significado versará sobre una actividad manual, realizada por el propio autor, tras la que organiza de forma diferencial elementos de otras teorías, para dar lugar a una teoría de la acción social. El título es ya el mejor preámbulo de lo que nos deparará el manuscrito, *teorías de cultura* (desde aproximaciones de las ciencias sociales), que desembocan en la *teoría de la cultura* propuesta por el autor, enmarcada en una teoría general de la *acción social*. Pero, empecemos por el principio...

Cultura organizativa, cultura política, cultura religiosa... ¿qué es la cultura?

Estamos rodeados de noticias, artículos y de un día a día que nos habla de ella, pero *¿qué es la cultura?*, *¿qué abasta este concepto?* Estas son algunas de las reflexiones que una lectora novel en dicha temática podrá hacerse en los primeros momentos de ojear este manuscrito; pero no nos impacientemos, las respuestas llegarán y, con ellas, el objetivo y la razón de ser de este libro.